

JOSE MARÍA CONGET

ADIÓS

PRE-TEXTOS CONTEMPORÁNEA

*Para Maribel,
que rechazó el papel de musa
y se limitó a ser la compañera más inteligente, leal y generosa.*

“But o that I were young again
And held her in my arms”.

W. B. YEATS, *Politics*

“... porque el alma ciegamente siente
que la forma posible de estar juntos
es una despedida, larga, clara,
o que lo más seguro es el adiós”.

PEDRO SALINAS, *Réquiem*

Al abrir los ojos se sentó bruscamente, igual que en las películas los personajes que escapan de una pesadilla. Y una pesadilla, con música machacona de carrusel de feria, lo había atormentado durante el sueño. No recordaba nada, salvo unas notas que se diluían en contacto con la luz lechosa del alba pegada a la ventana como una gasa tenue. Rubén se levantó y sin encender la luz fue al baño. No orinó inmediatamente, se lavó la cara y se miró en el espejo. En la penumbra no se reconoció. Presionó la perilla de las bombillas sobre el lavabo. La claridad le produjo el efecto de un navajazo en los ojos, era fuerte e hiriente e iluminaba el rostro de un viejo fatigado que él no había visto nunca. Le dolían los párpados que con dificultad mantenía abiertos, se acercó a su reflejo para ratificar con horror que el azogue desafiaba las leyes físicas y plasmaba una cara que no era la suya. La boca ensayó un grito y el anciano del espejo le infligió una sonrisa maligna. El corazón de Rubén golpeaba el tambor del pecho. Y entonces el reflejo, no él, emitió un berrido poderoso y doliente y Rubén volvió a despertarse.

Una mejilla se hundía en la almohada, la otra estaba cubierta por la palma de la mano izquierda, el sudor, no las lágrimas como supuso al principio, humedecía ambas, el pulso galopaba por las sienas. Trató de recapitular: había soñado que había soñado y que despertaba de golpe, había soñado que el espejo del baño reflejaba un rostro que no era el suyo, ¿o era

su rostro futuro?, y ahora sentía el temor de repetir el sueño, no había garantía de que la vigilia actual fuera la genuina y no un tramo de un bucle perverso. Pensó en el monje Chuang Tse y la mariposa, pero no era lo mismo, pensó en las ruinas circulares, pero no era lo mismo, pensó que a la fuerza estaba definitivamente en la realidad compartida porque en sueños no recordaría la anécdota zen, el cuento de Borges, y con todo, no se atrevía a incorporarse y someterse a la prueba contundente del espejo. Había amanecido, como en el sueño, y aguantaba la presión de la próstata para ir al baño. Otra demostración tranquilizadora consistía en reconstruir las horas vespertinas del día anterior, aunque las fantasías oníricas inventarían sin problema una jornada ficticia, ¿y también la voluntad de recobrarla?, los sueños carecen de esa complejidad monstruosa, se dijo, ¿o no?, la duda nada metódica le angustió y con forzada meticulosidad se vio a sí mismo comiendo las alubias con jamón del mediodía, la discusión telefónica con su sobrino Gaspar, la llamada al orden de su padre. Por dios, se estaba adormeciendo de nuevo, cuántos años hacía que su padre había muerto y siglos de no probar las judías verdes con jamón, un plato típico de la tía Mamen, ¿no?, y llevaba semanas sin hablar con Gaspar, lo vería el viernes, se felicitó por esas despejadas puntualizaciones, pero aún no había recuperado las auténticas horas previas al sueño. Veamos, analizaba paso a paso, estabas en casa, ayer no saliste, llovía y te encerraste en tu cueva repasando la conferencia para el Aula de Cultura de la Diputación, eso es, una charla sobre la filmografía de Jon Vaine, no de John Wayne, sino la del actor admirado en la infancia como progenitor putativo, y al atardecer llamó Diana, no, no llamó nadie, deseaste la imposible llamada de Diana, y en ese instante Rubén experimentó la tristeza retrospectiva de que Diana no llamase ni ayer ni anteayer ni sin duda llamará hoy ni pasado mañana en otro atardecer

triste sin mujer que llevarse a la boca. Todo eso acabó, acéptalo de una puta vez, se exigió, absurdamente subsistía el amor, o la necesidad del amor, cuando no había amada ni libido ni futuro. Entonces repasó el ingrato sueño y el soñador le comunicó al soñado que no había tal pesadilla pues el espejo no reflejaba a un anciano desconocido sino a un viejo demasiado familiar que se negaba a asumir su auténtico rostro.

Ernesto la esperaba junto a la parada del 38 en el Prado, lo distinguió antes de bajarse y experimentó un malestar que cubrió con una sonrisa de compromiso. Esquivó el beso en los labios, qué tal las clases, se interesó él por rutina, como siempre, ¿y tu taller?, buenooo, ya sabes cómo son mis aspirantes a Salinger y Virginia Woolf, pobrecillos, eso sí, defienden sus cuentos como si de verdad los hubiesen escrito Salinger o Virginia Woolf, a ella le enfurecía el desprecio de Ernesto hacia sus estudiantes, el par de libros suyos que había leído tampoco lo alzaban a las cumbres de los maestros que proclamaba como modelos, a lo mejor no pretenden ser unos genios, encarnó el papel de abogada del diablo, compadecía a las víctimas del soberbio tutor, sólo alcanzar cierto nivel para darse el gusto de publicar un libro con su firma, es muy humano, tan humano, apostilló Ernesto, que un par ya se ha autoeditado novelas que deberían permanecer en el cajón profundo de los inéditos para siempre y no haber acosado a víctimas propicias, primos, vecinos, amigos indefensos, ella sintió el peso de un brazo sobre su hombro derecho, no un signo de amor sino de propietario, pensó, el contacto físico la enojaba, ¿un paseo por el parque o prefieres que nos sentemos?, ofreció Ernesto, si no puede esperar lo que me tienes que decir, hay una terraza por aquí, ¿no?, es que estoy cansada, entre mañana y tarde cinco horas de clase, no sé si sigue abierto el Citroen, dudó el escritor,

venga, vamos a La Raza, la apretaba contra su costado como si fuera a escaparse, y era lo que le tenía que contar, que se escapaba, daba por terminada su etapa sevillana y su etapa de pareja de escritor gran promesa de las letras españolas.

Caminaba apresada por el gesto posesivo masculino y tenía la sensación de que ella era ya otra distinta a la más vulnerable que el joven intelectual había encandilado meses atrás con el desparpajo de cínico ilustrado que vivía para la literatura y los afanes sublimes del arte. Crecía su indignación consigo misma más que con la fatuidad de Ernesto: inexcusable que después de dos años de novia casi adolescente del futuro autor de la gran novela americana, allá en Darmouth, y unos cuanto polvos altamente ingratos con el catedrático de Narratología durante el máster en Brooklyn, hubiera incurrido en el error de dejarse seducir por otro saco de citas y un grano inmenso de egolatría justo en el centro de su jeta social. Cuándo perdería esa pedante ingenuidad que apostaba por los tíos a los que el impudor de una vanidad soberana les impedía ver nada ni a nadie fuera de sus cuatro intereses en la atmósfera enrarecida del estrecho cuchitril que ellos llamaban cultura. Recordaba con ira al admirado y distante Mr. Cutler, transformado en Georgie tras correrse en su ano, que recitaba de memoria todo T. S. Eliot y encarnaba a la perfección a los hombres huecos, que su poeta fetiche invocó, pero sin el aire penitencial del hipócrita TiEs, más bien orondo de su vida baldía rellena de versos ajenos. Ahora oía sin escuchar la suficiencia del discurso sarcástico de la versión hispánica de aquellas soberbias, registraba de vez en cuando unas palabras: “mi editor... la reseña de *El Cultural*... mi amigo Vila-Matas”, y ella dudaba en irrumpir con una mentira formidable y perversa, estoy embarazada, por ejemplo, en el monólogo exterior de exclusivo interés ombliguista, o no, la palabra embarazo le

sugeriría a Ernesto la peli de Bergman sobre mujeres encintas que habían visto en la filmoteca de Córdoba y el capítulo de *Ulises* donde un feto crece al ritmo de la evolución de la lengua inglesa (aunque ella estaba segura de que Ernesto no lo había leído y no se atrevía a confesarlo), o quién sabe, elogiaría un cuadro del Renacimiento italiano con una virgen en feliz expectativa, hasta que de pronto captaría el contenido real de la frase estoy embarazada y sería interesante observar cómo reaccionaría, prefirió no realizar el experimento, habían llegado al bar La Raza y se sentaron en el jardín de fuera.

¿Cervecita?, preguntó él, no esperó contestación, dos cervezas, ordenó al camarero, no, corrigió ella, para mí un poleo menta por favor. Te decía, retomó Ernesto el hilo de su rollo, que la del *Diario de Sevilla*, Charo, te la presenté el domingo en la exposición de la Casa de la Provincia, me ha solicitado una página entera para el domingo sobre la obra de, me voy, le interrumpió la muchacha con hartura súbita, ¿cómo?, un gesto de sorpresa indignada por la brusquedad, que me voy, repitió ella, adónde te vas, perplejo, tengo una oferta de trabajo en un colegio de Zaragoza, ¿un colegio?, ¿dejas la universidad por un colegio?, la magnífica universidad me paga 700 euros por eslomarme a dar clase, en Zaragoza ganaré el doble sin tanto esfuerzo, el prestigio académico me importa un rábano, demasiado bien lo conozco, de dónde has sacado ese empleo, a quién conoces por allá arriba, te olvidas de que mi madre era de Zaragoza y tengo parientes aragoneses y riojanos, ¿entonces te vas?, la boca abierta de estupor le daba un aspecto bobalicón, se estaría preguntando, pensó ella, ¿y yo qué?, y en efecto se quejó, ¿me dejas?, me voy y esta noche no dormiré contigo, ¿ha pasado algo?, ahora parecía inquieto, ni esta noche ni nunca más, nos separamos, se acabó, es una broma, insinuó

el escritor, había cerrado la boca, menos mal, no es una broma, Ernesto, y no me preguntes por qué, no te gustará la respuesta, el camarero les sirvió impertérrito la caña y el poleo, ¿alguna tapa, cazón, ensaladilla, flamenquín, gambas de Huelva, o les traigo la carta?, la irritación no le permitía contestar al novelista, gracias, estamos bien, intervino ella, se dirigió de nuevo a Ernesto sin disimular ya su rechazo, hasta que me termine la bebida, que está muy caliente, tienes tiempo para explayarte a placer sobre tu artículo magistral en *Diario de Sevilla*, las torpezas de los idiotas del taller que diriges y a los que tú desprecias aunque te pagan, las frases de elogio que los más famosos que tú te han dedicado, continúa, vamos, Ernesto envenenó la mirada, la cargó de odio, si hubiera mostrado un atisbo de congoja ella se habría suavizado, el espejo de narciso dejaría espacio para un reflejo que no fuese únicamente el de su ego herido, pero su rostro dibujaba una expresión de rabia y abierto desamor, por fin la cara auténtica del mejor prosista de su generación, estúpida medio gringa que les debía tanto a sus contactos, sus conocimientos, tradujo ella sin que Ernesto dijera palabra de momento, has conocido a un tío de pasta, farfulló entre dientes, ella se echó a reír, sacó una par de euros del monedero, los dejó sobre la mesa, se levantó, eres patético, dijo.

Una rendición en toda regla, se confesó Gaspar mientras decidía el postre del menú ante la mirada inquisitiva de su tío Rubén, detener los pasos porque se acabó el camino, que nunca existió, y sobre todo se acabó el dinero, le quedaba lo justo para sobrevivir un mes a no ser que se apoltronara en casa de su madre donde ya la última semana se le había eternizado. El experimento juvenil, que fue intempestivo desde sus orígenes, se pasó de edad y había fracasado: la búsqueda de uno mismo –mucho ingenua literatura ya pasada de moda en su adolescencia— a lo largo de un vagabundeo (¿del dharma?) que se pretendía equivalente a un viaje al centro del mandala, qué estupidez, y que sólo había desembocado en el escepticismo radical respecto al “unomismo”, respecto a las dudosas virtudes de la soledad a lo Thoreau y respecto a su capacidad para sobrellevar la existencia antiburguesa (así la había llamado) de su plan original, una puerilidad. Quedaba por dilucidar, y no lo hacía por pereza o por temor de descubrir más signos de la propia majadería, por qué había continuado una peregrinación sin rumbo el último año, cuando hacía tiempo que había llegado a la conclusión de que todo lo que podía aprender sobre su hombre interior –allí habitaba la verdad y otros clichés– eran vulgaridades y, como esos *hippies* atorrantes que pasaron del desprecio del mercado capitalista a una mentalidad de pequeños comerciantes, Gaspar, sin apenas darse

cuenta, había transformado su temprana rebeldía en busca de la iluminación, hay que joderse, en un mero deambular que alcanzaba sus momentos culminantes a la hora de la comida o de la cena, si se las podía pagar, en definitiva toda su disidencia se revelaba como un capricho de malcriado que al final de la carretera recibía con gratitud la fideuá a la que le invitaba su tío Rubén, aunque fuera en restaurante económico.

Ay, Kaspar, Kaspar, Kaspar, Kaspar, salmodió Rubén a la hora del tiramisú o arroz con leche, lo sé, lo sé, lo sé, respondió el sobrino sin sorprenderse ya de la fidelidad del viejo a su manía de no identificar su nombre con el Rey Mago que portaba el incienso al recién nacido del pesebre, sino con el pobre niño abandonado que apareció en las calles de Núremberg para estimular cien elucubraciones sobre el misterio de su origen, pobre Kaspar Hauser, y el tío Rubén no le ahorraba el recitado de la última estrofa del poema de Verlaine, para animarme, claro, le decía el sobrino cuando ya entendió los versos:

*Suis-je né trop tôt ou trop tard?
Qu'est-ce que je fais en ce monde?
Oh, vous tous, ma peine est profonde.
Priez pour le pauvre Garpard.*

Arroz con leche para mí, se dirigió Gaspar al camarero, y volvió el rostro resignado hacia Rubén, ¿no te cansas del rollo Kaspar Hauser, tío?, desde crío aguantándolo como gracia, y no me gustó la peli ni me gusta ese poema, no te creo, cortó Rubén, sé que más de una vez te has identificado con la desorientación esencial de Kaspar Hauser, y si no, qué hacemos aquí, el sobrino suspiró, sabes que siempre te he querido mucho pero perdona, eres muy pesado, el mayor se

relamía los labios pegajosos de la crema azucarada, alzó la mano, un café solo, por favor, ahora vas a darme por adelantado las razones para no presentarte a la entrevista de ese colegio superpijo, me han contado de qué iba y no tendrías mucha competencia, por lo menos competencia de altura, si te lo propones puedes pasar por excelente conocedor de literatura, y lo eres, vaya, sobra lo de excelente, pero te defientes, Gaspar entendió que su tío usaba una estrategia de halago y marcha atrás, a cuánta tabarra lo habría sometido su madre para que convenciera al chico de sentar cabeza, habría que tranquilizar a ambos, de dónde has deducido que no me voy a presentar a la entrevista de trabajo, no me apeetece, no me veo como candidato pero no estoy en condiciones de rechazar nada a priori, respondió, además hay una ventaja, añadió el tío, tendrás casa gratis si te dan el puesto, la de tu abuela sigue libre, ya ya, concedió Gaspar, poco alentado por el posible cobijo en el ámbito de sus miedos infantiles, había dormido al raso, en tugurios repugnantes, en dormitorios colectivos de los sin techo, en colchones con chinches, pero la casa de la abuela seguía imponiendo su terror ancestral, al arroz con leche le falta canela, murmuró, y yo te pago el tren, continuó el mecenas, no hace falta, aún me quedan recursos, no, mira, tengo que pasar por Madrid, vente conmigo en el coche y de allí vas a Zaragoza, más barato, intuyó que su tío dudaba en ser más inquisitivo, había dejado transcurrir la comida sin salirse de su discurso sobre la antipatía hacia ciertas películas adoradas por los críticos y hacia los libros llamados juveniles, como si eso tuviera importancia capital para él, ¿una copa?, se iba animando, un *gin-tonic*, vale, aceptó Gabriel, y otro para mí, no sabía por dónde atacar, al fin se decidió, ¿y qué has aprendido estos años en el anacrónico plan de joven desaparecido en busca del “sí-mismo”, que decía el fantoche de Jung?,

¿habías leído *El filo de la navaja* cuando inocente púber?, ya nadie lee esas cosas, reflexionó en voz alta deteniendo su interrogatorio retórico, ¿o, cómo se llamaba, *Demian*?, Hesse siempre de moda entre los *teenagers* descerebrados, mueca del descerebrado aunque ya próximo a la treintena Kaspar, recibí una nota tuya desde San Francisco y otra desde Cuzco, continuó el mayor, ¿te golpeó el satori en Machu Picchu?, ¿o mientras hojeabas folletos *beat* en la librería City Lights?, ¿no te avergüenzas de los tópicos, todos anteriores a tu época, para colmo, sí, lo repetiré, anacrónicos?, Gaspar se sintió, excepcionalmente, Kaspar Hauser y todo el cansancio de sus itinerancias sobre los hombros, venga, basta ya, tío, tus sarcasmos van dirigidos a un chaval que dejé de ser hace mucho, pasé un sarampión provocado en parte por ti, más prolongado que los de otros, a menudo tengo la incómoda sensación de haber vivido a destiempo la juventud que quisiste vivir y no lo hiciste, suspiró, tampoco me arrepiento, estaba destinado a heredar la cátedra del profe de literatura americana de mi facultad tras cuántas servidumbres y publicaciones superfluas y lameculos humillantes, en eso habría perdido el mismo tiempo y de forma más miserable que con mis empleos de mierda, que dirías tú, ¿y no lo eran?, de mierda, quiero decir, sí, pero chupar la académica polla del doctor Gómez Pastor no era más apetitoso, puntualizó Gaspar, por cierto, *El filo de la navaja* me lo regalaste tú, no es gran literatura, me dijiste, pero a tu edad suele impresionar, yo tenía quince años, me fiaba de tus recomendaciones y me impresionó, un sorbo a la bebida, estaba cargado y riquísimo el *gin-tonic*, en Estados Unidos nunca tomó uno, costaba cuatro veces más que en esta meca de alcohólicos europeos y americanos, centrarse en eso, pensó, le debía esa entrevista al tío escritor pero estaba resultando cargante, ¿entonces has recogido experiencias para la gran primera

novela autobiográfica con la que el personal nos suele castigar?, ironizó el viejo, no se rendía el cabrón, joder, tío, no soy escritor, extraer cuentos de las nimiedades insignificantes de la propia vida te lo dejo a ti, se rio el novelista, *touché*, querido, has dado en el blanco, disculpa, se apresuró Gaspar, no quería herirte, sí querías pero no me has herido, tienes toda la razón, aparte de que me he retirado, no abrumaré a mis amigos y familia con otro parto de las musas, sabes que me gustan tus historias, desde las que me contabas de chico hasta la última colección de relatos, hizo Gaspar un esfuerzo de memoria, *No hay amor feliz*, estupendos, bueno, no se titulaba así, sonreía Rubén, da igual, pero aún no has respondido a mi primera pregunta, ¿aprendiste algo todo este tiempo?, Kaspar Hauser estuvo en silencio un buen rato, pocas cosas, dijo al fin, que el turismo es aborrecible, la última forma de consumo de la clase media con dos sueldos asegurados, profes, funcionarios, médicos y empresarios en busca de falsas aventuras para redimirse de su bienestar y del tedio y del tedio del bienestar, he tropezado con muchos, y muchos compatriotas, esgrimiendo guías que les imponen penitencias culturales aunque les importen un carajo, y hay que joderse, los más jóvenes o los recién casados que se desplazan a playas exóticas para hacer lo mismo que en las costas patrias, emborracharse, tostarse al sol, follar hasta el hastío, y por eso muchas parejas se divorcian o separan tras la luna de miel, qué hacer a solas con el otro de espejo día tras día, un festín sexual que desemboca en la náusea, ¿no nace este sermón de la envidia, Kaspar?, hablas como un anciano, le interrumpió la sensatez adulta, ¿envidia?, no, no me ha faltado compañía femenina, lo que ocurre es que he tenido mucho tiempo para observar, o sea que detestas el turismo, ¿ese ha sido el único aprendizaje?, reprochó el tío, sobre mí mismo, ya que de eso se trataba, puntualizó el sobrino, he

aprendido algunas perogrulladas: que la soledad a la larga es insatisfactoria y no incita a la profundidad, o sí, a una profundidad en cuya hondura no hay nada, un pozo cubierto apenas de barro y estiércol, el famoso inconsciente, que es mucho menos interesante que la conciencia despierta y esta conduce a la misma basura sin tanto aspaviento, a ver qué más, ah, sí, la rutina de vivir sin rutinas y un aburrimiento que sólo admití los últimos meses, y bueno, que no enriquece el ir trabajando en lo que surge para seguir tu camino de ladrillos amarillos hacia el mago de Oz, no enriquece, embrutece, partí en peregrinaje espiritual como el beato Siddharta del cuco Hesse, también esa joya me la regalaste tú, y he terminado comprendiendo todos los motivos de los humillados y ofendidos de la tierra para la ira y la venganza que nunca les permitirán quienes los aplastan, es decir, nosotros o lo que nuestra civilización representa, hostia, qué solemne, ¿te has vuelto marxista?, vaya sorpresa, otro sarampión tardío, insinuó Rubén, ni marxista ni narices, sólo he afirmado que justificaría una revolución que, por otro lado, hoy es imposible, si algo he comprobado es que el sistema se ha fortalecido gracias en parte a la cretinización o absorción de los que antaño se le oponían, me recuerdas a un amigo, dijo el tío, un escritor de hace tiempo, como servidor, Conget se llamaba, vivió en Perú unos años antes que yo con Diana, contaba que asistió con regocijo al saqueo de Lima por parte de los pobres de los llamados pueblos jóvenes, o sea, barriadas miserables, cuando en el año 1975 hubo huelga de policía en la ciudad, el mejor espectáculo de su vida, aseguraba, ¿era un anarquista trasnochado?, se interesó Gaspar, ¿Conget?, acabó de funcionario, anarquista de salón en todo caso, no sé qué habrá sido de él, ¿nos vamos?, sugirió el sobrino, tendrás que pasar a tu hermana la información de este encuentro, a mí no se atreverá a preguntarme, ¿crees

que yo no tenía ganas de hablar contigo?, se indignó el tío, sí, pero la orientación de la charla venía dada, reconócelo, Rubén dibujaba su sonrisa maliciosa de medio lado, abrazó a Gaspar, me alegro mucho de que estés aquí, te llamo para el viaje a Madrid si te decides, la presión afectuosa era real, Gaspar besó las mejillas, barbadas como las suyas, del exnovelista, no lo había recordado mucho durante su errancia y ahora constataba cuánto quería al sustituto del padre que no tuvo y qué cabrón fue no dando más señales de vida que postales convencionales desde lugares convencionales. Se habían despedido. Gaspar volvió la cabeza y siguió con la mirada los pasos un poco titubeantes de su tío. Y a él qué le había pasado, se preguntó, de tan buen humor antes, con tantas iniciativas, y ahora el fracaso se le asomaba detrás de cada palabra, cada gesto. O será sencillamente la edad. O que el fracaso es el desenlace natural de las vidas humanas. No te pongas estupendo, Kaspar, se dijo.

ALGUNAS ACLARACIONES POR SI ALGUIEN LAS NECESITA

Los personajes de esta novela utilizan a veces nombres raros que proceden de los tebeos. El autor conserva una gran que-
rencia a las historietas de su infancia y ha seguido apegado
a ellas en su madurez, por no emplear otra palabra. Como
muchos lectores no cultivarán esa afición, aquí se aclaran los
seudónimos.

Walker era el nombre de *The Phantom* (*El hombre enmas-
carado*, en nuestro país, traducción de *L'Uomo Mascherato*
italiano, de donde procedía al principio la versión espa-
ñola), cuando con sombrero, un abrigo a cuadros y unas
gafas negras salía a pasear “como un hombre cualquiera” por
centros urbanos, o se veía en la necesidad de coger un tras-
atlántico o un avión (nunca le pedían identificación, liberta-
des de los cómics). Su novia, y desde 1977 esposa, era Diana
Palmer, y Rubén le añade ese apellido a Diana, su amor de
juventud y más allá.

Dale Arden fue la enamorada eterna de Flash Gordon,
nunca se casaron e incluso Dale se hartó de él en 1958 aproxi-
madamente, y se buscó otra pareja que no duró mucho.
Flash Gordon y *El hombre enmascarado* fueron los primeros
héroes del cómic americano que leí en la niñez y les guardo
un cariño especial, de ahí el homenaje de este libro. La men-
ción a la geografía de Mongo remite al paisaje fantástico
del planeta donde transcurren las primeras andaduras de

Gordon y al que regresa cada vez que decae el interés de sus peripecias.

Los contertulios de Rubén toman sus apodos de varios protagonistas de tiras de prensa estadounidenses. Kirby, de *Rip Kirby*, creación de Alex Raymond, continuada a la muerte de este por John Prentice; su novia fue Honey Dorian, Dulce Dorian en España, que se desvaneció con el progresivo cansancio de los guiones. Bradford se refiere al héroe de Ritt, guion, y Gray, dibujo, *Brick Bradford*, una serie de fantasía, de segunda fila, pero relativamente popular en nuestro país, donde ha conocido varias traducciones a lo largo de los años (antes de la guerra civil lo publicaba *La revista de Tim Tyler* con el nombre de *Jorge el intrépido*). Tracy es, por supuesto, *Dick Tracy*, todavía en las *funny pages* de la prensa diaria actual, muy alejado ya de los rasgos con que lo inmortalizó Chester Gould.

Gaspar reprocha a Dale no haber leído o no saber apreciar *Peanuts*, la serie de Schultz, con el gran Charlie Brown, ni *Calvin and Hobbes*, de Watterson, la mejor tira de humor de los años noventa para quien escribe estas líneas.

Pumby, el gatito feliz, fue un personaje enormemente popular del dibujante José Sanchís, y dio nombre a un tebeo del mismo nombre publicado por la editorial Valenciana desde 1954 hasta 1981. El Conejito Atómico, creación de Ayné, apareció en la revista *Yumbo* en 1953 y continuó sus aventuras hasta el almanaque de 1960; cuenta la historia de Pip, un conejo vulgar, al que un mago le confiere superpoderes si pronuncia la palabra Harman; el especialista Antonio Martín me informó de que se trataba de un guiño a José María Arman, director editorial por aquel entonces de Cliper, el sello que publicaba el tebeo. En el mismo capítulo se citan las cabeceras infantiles *Hipo*, *Monito* y *Fifí*, de la editorial Marco (1942-1958), y la longeva *Jaimito* (1945-1984), de

Valenciana, así como dos de orígenes religiosos: *Trampolín* (1950-1964), editada por Acción Católica, y *Molinete* (1956-1973), de las Teresianas. El médico que tranquiliza a Rubén sobre su posible alzheimer “habría recibido el nombre de Boixcar”, que fue el creador de los muy exitosos cuadernillos *Hazañas bélicas*.

Sin relación con las historietas, añadiré que si un lector está muy familiarizado con Brooklyn sabrá que, como me indicó mi hija Rebeca, Gaspar no pudo residir en el YMCA de ese barrio, entre State y la Tercera Avenida, por ser exclusivamente femenino; en realidad sus siglas son, en consecuencia, otras: YWCA. Pero yo le di un permiso especial para que se quedara allí unas noches y fuera vecino, sin saberlo, de la madre de Dale.

ACABOSE DE IMPRIMIR
EL DÍA 24 DE OCTUBRE DE 2025